

295

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

Director:

Mario V. Ponisio

Administrador:

Eduardo S. Azaretto

Secretario de Redacción:

Rómulo Bogliolo

Redactores:

**Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier - Luis Marforio
José H. Porto - Jacobo Waisman - Juan F. Etcheverry**

Año V

Noviembre de 1917

Núm. 53



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

CONFERENCIA DEL Dr. ROGELIO ARAYA

Jamás como ahora ha quedado más evidentemente demostrada la influencia preponderante que los hechos económicos tienen sobre la esencia y el desarrollo de la vida de los pueblos. Los sucesos de la guerra actual son y serán, por mucho tiempo, fuente de enseñanza y la guía más certera para la adaptación de las naciones a una organización política económica y moral más de acuerdo a relaciones de vida, olvidadas o ignoradas por el impulso de la inercia que los prejuicios y la rutina habían arraigado como reglas de existencia en las naciones todas del orbe.

El individualismo y el colectivismo, el libre cambio y la protección, el imperialismo y el principio de las nacionalidades, la preponderancia masculina y el feminismo, la organización de las industrias, del comercio y del trabajo, saldrán purificados de la gran fragua en que desde hace tres años se hallan en fusión y en la que, por una nueva estimación de valores, va separándose el oro puro de las legítimas influencias de las mezclas y aleaciones inferiores.

Jamás como ahora ha quedado más evidentemente demostrada la interdependencia y solidaridad de la humanidad, por este conflicto que salvando los límites nacionales de los pueblos en lucha, ha estrechado al mundo entero en un abrazo de dolores y privaciones.

Nada ha escapado a la vorágine y aún contra todas las resistencias pasivas y activas todos los pueblos se sienten arrastrados hacia el vértice en que giran y se juegan más o menos violentamente sus destinos.

Nosotros mismos, que por el privilegio de una situación geográfica nos hallamos más lejos de los campos de batalla, militares y económicos, estamos englobados en el conflicto, y

no hemos de escapar de ser parte activa si la guerra se prolonga por un tiempo más.

A la presión económica y diplomática se suma la presión moral que los grandes principios de vida humana en peligro hacen gravitar cada día con mayor fuerza sobre el alma argentina.

Nos hallábamos en un alto de la vida, en que parece que reposábamos faltos de orientación antes de emprender una nueva marcha que nuestro instinto obscuramente nos decía incierta, difícil y dura.

El gran conflicto actual ha venido a aclarar con su resplandecimiento un horizonte preñado de problemas y situaciones nuevas que palpitaban en la entraña de la sociedad, pero que no habían tenido hasta ahora sino indefiniciones anárquicas.

El contacto con una realidad nueva, con tareas sociales imprevistas, con actividades colectivas cada vez más absorbentes e inferiores, con limitaciones de libertad cada vez más pesadas y aceptadas, con orientaciones de vida de más en más excluyentes del egoísmo individual, ha creado una situación de la que hemos de ver salir una nueva humanidad y, me permito decirlo, también una mejor humanidad.

Esa organización nueva ha de obligar a nuestro país a adaptaciones tanto más necesarias cuanto que nos será imposible eludir la influencia que ella habrá de ejercer sobre nosotros.

Esto es evidente. La Argentina, desde que la guerra estalló no hace sino plegarse a las situaciones nuevas que ella nos ha creado y, más tarde, cuando el incendio humano se apague, habrá de adaptar su organización al nuevo edificio que los pueblos europeos habrán de darse.

Este es el gran problema del mañana inmediato para la política, la finanza, la economía y las relaciones sociales de nuestro país.

He dicho al comenzar esta conferencia, que nunca como ahora ha quedado más evidentemente demostrada la preponderancia de los hechos económicos, sobre la esencia y desarrollo de la vida de los pueblos. Espero que me será fácil demostrar la verdad de esta afirmación.

La injusta invasión y destrucción de Bélgica y la crueldad de los métodos de guerra de Alemania han herido tan profundamente los sentimientos de la gran masa, que le han impedido, en la explosión de nobles simpatías, ver el origen

y causas verdaderos del flagelo que destruye la civilización europea duramente alcanzada en siglos de proficua labor.

Pero la verdadera razón del conflicto se halla en el choque de dos principios, de dos formas de actividad, a la vez económica y social, de las dos entidades preponderantes en esta lucha: Inglaterra y Alemania.

Factores políticos diversos han intensificado esta causa y apresurado la iniciación de la lucha.

Estos dos principios en lucha son el libre cambio e individualismo inglés contra el proteccionismo y organización colectiva del comercio e industria alemanes.

Desde mediados del siglo 18, la Inglaterra había desarrollado su industria y comercio hasta alcanzar el grado de prosperidad industrial de que tan orgullosa se mostraba. Esta inmensa actividad no conocía otras reglas que las que resultan del juego espontáneo de la oferta y la demanda; la concurrencia era su ley y el individualismo su principio. Bajo esas normas se desarrolló Inglaterra y pareció fijarse en un equilibrio durable allá por el año 1860, en el liberalismo político, el libre cambio comercial, la libertad industrial que parecían encontrar en la democracia y el individualismo sus fórmulas definitivas.

Frente a ella y haciendo resaltante contraste se presentaba Alemania científica y organizada, guiada por principios de economía nacional que tendían a asegurar la preponderancia de la producción alemana sobre las de las otras naciones y especialmente de Inglaterra, utilizando la agrupación de las industrias, la unión de sus capitales, la creación sistemática y deliberada de un pueblo de trabajadores preparados, por un aprendizaje preciso para la eficacia práctica, por la producción barata de los artículos aunque fuere de calidad inferior y por todas las fuerzas del "dumping" el uso de los "cartels" y de los trusts protegidos por tarifas y primas para vender en los mercados extranjeros a menor precio que el de costo.

Esta diversa faz comercial e industrial se definía aún más en el terreno administrativo, político y de relaciones sociales.

El profundo individualismo que según la fuerte expresión del célebre escritor inglés H. G. Wells "es tan natural a Inglaterra como lo es el gruñido al cerdo", ha sido la base sobre la que se han alzado sus libres instituciones políticas, su descentralización administrativa así como su política de espléndi-

do aislamiento que la hizo desinteresarse de los asuntos de la Europa continental y relacionar toda su vida a ella misma como si fuera el centro del universo. Solo así se explica que se haya mantenido fiel al libre cambio cuando todas las demás naciones del mundo practicaban el proteccionismo no solo para el desarrollo de su prosperidad sino como arma de guerra en contra de la propia Inglaterra.

Los métodos comerciales e industriales se cimentaban en cambio en Alemania, por una centralización de funciones administrativas y por un absolutismo político que convertía al estado no solo en el centro de impulsión de todas las actividades sino también en el orientador de fines intelectuales y morales del pueblo alemán y que, seguida por éste y concretada más tarde por múltiples escritores, ha dado en llamarse la "Kultur".

La lucha entre estos dos sistemas opuestos comenzó a desarrollarse después de la unificación alemana bajo el cetro imperial de los Hohenzollern y se ha seguido sin tregua ni descanso con una aspereza cada vez mayor. No es el caso de hacer ahora el detalle de sus incidencias porque son sucesos de todos ustedes conocidos.

Los resultados de ella pronto se hicieron sentir sobre la riqueza y prosperidad del comercio y la industria inglesa que se veían cada vez más atacados y hasta desalojados de mercados que hasta entonces había sido casi de monopolio para ella. A pesar de su vigor y como herida de hesitación, Inglaterra tardaba en modernizar sus métodos económicos. Su individualismo se conservaba en su esencia y debido a esta influencia su producción y cambio no estaban sino empírica y parcialmente organizados.

Esta lucha llevada con desmedro de Inglaterra hizo crisis cuando Alemania, después de haber desarrollado una poderosa marina mercante, quiso hacerse para protección de esta, también de una poderosa flota de guerra que contrabalancara el poderío de la inglesa siguiendo la finalidad que le fijara la expresión del kaiser: "Nuestro porvenir está en el mar".

Esta orientación seguida por Alemania con una tenacidad y energía peligrosas para la prosperidad y hasta la vida de Inglaterra es la que ha producido la presente conflagración que aflige y desola la humanidad.

Las alianzas y agrupaciones de naciones no han sido sino el resultado que ella ha creado, y el suceso de Sarajevo la ocasión de un conflicto en absoluto inevitable.

Si el origen de la guerra radica en causas económicas puede afirmarse también: 1.º, que la forma y métodos que la "entente" ha adoptado para defenderse y responder a las hostilidades de los imperios germánicos son de esencia económica; 2.º, que los intereses económicos han pesado duramente sobre la dirección de la guerra aún con desmedro de los fines militares; 3.º, que los fines definitivos perseguidos por el conflicto actual son económicos; y finalmente, que la sociedad, por las experiencias económicas actuales, sufrirá modificaciones que han de influir sobre la administración, la política y las relaciones de las clases sociales.

Si la guerra se hubiese podido conducir por parte de la "entente" por reglas estrictamente militares, el conflicto actual habría recibido ya una solución definitiva; pero las diferentes condiciones económicas entre Alemania e Inglaterra han impedido a ésta obtener todos los beneficios de su dominio del mar y retardado la hora de la victoria, a pesar de la destrucción inmensa de riquezas y vidas humanas que representa la prolongación de la guerra.

Alemania, persiguiendo fines de economía nacional, ha tratado de producir, sino la totalidad, la mayor parte de los artículos necesarios a su consumo, y en su tenaz y persistente esfuerzo había llegado al monopolio de algunos de ellos imprescindibles para ciertas industrias, como el de los colorantes, etc. En cierto momento, cuando por el exceso de desarrollo de sus comercios e industrias creyó en peligro su agricultura y ganadería, tuvo su "retorno a la tierra", y medidas de toda clase de protección se acordaron a los "junkers", que es la clase de propietarios de la tierra y que son actualmente los que dirigen la política alemana.

Provistos de todo lo necesario y no previendo la excesiva duración que la guerra ha tomado, dirigieron a ésta con fines exclusivamente militares dirigidos a aplastar a sus adversarios, importándoseles muy poco de los perjuicios que sufrieran los neutrales, de cuya ayuda creían poder pasarse y a quienes mantendrían en el respeto por el temor y la amenaza.

Por eso, en todas partes, la iniciativa ha correspondido a Alemania, y puede decirse que hasta ahora la "entente" no ha hecho sino parar los golpes que sin descanso aquella le ha dado.

Otra muy distinta ha sido la situación de la "entente" y por ende su conducta. Inglaterra, aunque señora de los mares a causa de su régimen de propiedad destructor de la agricultura, depende de las importaciones de víveres, de las que no

puede pasarse, y habiéndose dejado arrullar por las ventajas y la seguridad de su situación insular, en el momento de la guerra dependía también de los neutrales por las maquinarias, útiles y armas de guerra de que ella carecía y estos podían proporcionarle. Por otra parte; la clase burguesa, comerciante e industrial de la Gran Bretaña tenía necesidad de exportar los productos manufacturados para pagar los gastos de la guerra y mantener la balanza de los cambios.

De ahí la necesidad en que se ha visto la Gran Bretaña de usar moderadamente su poder naval, aunque el reverso de esta conducta haya permitido a Alemania seguir alimentándose con víveres y materias primas, lo que ha tenido por consecuencia la prolongación de la guerra con su horrible cortejo de muertos, heridos y ruinas. En marzo de 1916, para no citar sino un ejemplo, se probó en la cámara de los comunes que la flota inglesa dejaba voluntariamente pasar transportes de petróleo norteamericano, sabiendo que su destino era Alemania. Este modo de proceder tan contrario a los fines militares de la guerra no respondía sino a evitar con los Estados Unidos rozamientos que pudieran afectar la intensa importación que necesitaba hacer Inglaterra.

Muchos escritores se han preguntado cómo terminará esta guerra, y la mayor parte de los que dejan el orgullo nacional y el optimismo de lado, están de acuerdo en que no hay que pensar en la posibilidad de una solución militar por medio de una batalla decisiva y victoriosa. La guerra de trincheras que por primera vez previera el talentoso escritor polonés Bloch, conduce necesariamente a la inmovilización de las fuerzas en lucha.

Quedan como soluciones el agotamiento de los beligerantes por la destrucción de las reservas humanas o por el agotamiento económico. La primera de ellas parece descartada, no sólo por la incorporación de las nuevas clases, sino porque la perfección cada vez mayor de la defensa produce grandes economías de vidas.

Nos resta sólo el agotamiento económico, que puede ser de materias primas necesarias a la guerra o el de las sustancias alimenticias.

El agotamiento financiero no puede producirse en la "entente" que dispone de recursos tan considerables y ahora menos, especialmente por la incorporación de los Estados Unidos, que es el país más rico del mundo y que tiene su capital intacto.

La Alemania no se encuentra en tan halagüeñas condi-

ciones, pero viviendo como vive del crédito que hacen los particulares al estado, jamás puede faltarle dinero para continuar la guerra. El gobierno seguirá emitiendo títulos que irán a los cofres de los industriales y que servirán así a las transacciones interiores. La tesis que Engels desarrolló en un libro que leyeron millones de personas y de la cual resultaba que una guerra era imposible por falta de recursos financieros, ha quedado destruída definitivamente por la demostración evidente de la larga duración del conflicto actual. Como el hombre y como los métodos de organización y de trabajo, el crédito ha tomado nuevas formas y desarrollo que le han permitido no agotarse y resistir a una destrucción de capitales de que no hay otro ejemplo en la historia. Esta es una gran enseñanza económica que dejará la guerra. El agotamiento de materias primas no podrá producirse para la "entente" que tiene todas las riquezas del mundo para surtirse y, para la Alemania, por su riqueza en hulla y hierro; aunque se haya especulado con el agotamiento de los metales secundarios que hoy refunde, como el cobre, plomo, etc., no cabe duda que sus recursos son considerables si se juzga la cantidad de esos metales que entran en cada país durante siglos y que no salen jamás.

De esto resulta que sólo podrá vencerse a Alemania por el agotamiento de las materias orgánicas alimenticias, y así la lucha militar queda transformada en cierto modo en una lucha de organización y de resistencia alimenticias e industriales detrás de un cerco de ejércitos cuyo único fin debe ser conservarse inviolable para durar hasta que el hambre agote las fuerzas de la Alemania imperial.

Esta es otra gran enseñanza de la guerra que Inglaterra se prepara desde ya a aprovechar modificando el régimen de la propiedad para que toda la tierra sea cultivada, de manera a asegurarse la mayor suma posible de alimentos para poder resistir en el futuro la repetición de otra crisis como la que actualmente la aflige.

Por virtud de esta enseñanza se impondrán por primera vez en el país más individualista del mundo fines de economía nacionales como superiores a los intereses particulares y a los privilegios de la propiedad. La importancia de este cambio de orientación económica ha de ser estudiada más adelante en las medidas de defensa que Inglaterra y los países aliados tienen proyectadas para dirigir la lucha económica que tienen preparada contra Alemania para después de la guerra.

He dicho que las formas que tiene esta lucha son las eco-

nómicas. Constatemos la verdad de este hecho, pues él está lleno de indicios sobre las transformaciones porque ha de pasar la economía política futura.

La guerra encontró a las naciones de la "entente" desprevenidas e ignorantes de las grandes tareas y funciones que habrían de verse obligadas a cumplir.

A penas declarada la guerra, Inglaterra notó de inmediato que en su medio político, económico y social no podía encontrar, ni los grandes recursos, ni utilizar los eficaces procedimientos indispensables a salvar las gravísimas dificultades del conflicto que la amenazaban hasta en su existencia como nación.

Su carácter no había cambiado y su vida entera conservaba el sello de su individualismo industrial. Ahora bien, las dos grandes lecciones que la guerra ha hecho evidentes son: 1.º su incapacidad para cumplir los grandes trabajos que imponen las horas de crisis nacional y los peligros que derivan de esa insuficiencia y del desorden que engendra el choque de los intereses particulares; 2.º, la absoluta necesidad de un método científico en los negocios públicos.

Las primeras dificultades las encontró Inglaterra al querer utilizar sus vías férreas para los fines militares, al encontrar que su sistema no estaba desarrollado en el sentido de un vasto y único distribuidor nacional de la riqueza y el comercio nacional. Inglaterra vió por primera vez todos los perjuicios causados por su organización individualista. Cada sociedad ferroviaria explotaba sus zonas de influencia, creando dificultades y produciendo todas las agresiones posibles dentro de su esfera de influencia con perjuicio de las urgentes y necesarias tareas que por motivo de la guerra debía cumplir. Entonces se vieron las dobles vías inútiles y la mala utilización de sus depósitos y materiales, la lentitud del transporte y el derroche de trabajo, el inútil gasto que esto ocasionaba.

Para economizar trabajo, tiempo y gasto y cumplir el enorme trabajo de transporte necesario a los fines de la guerra, el estado asumió con ventaja para el y para todos la dirección de ese organismo desarticulado.

Este fué el primer paso dado en el camino de la intervención estatista en contra de la organización individualista del comercio y la industria.

Más tarde tuvo que poner en movimiento industrias que el interés individual había abandonado en perjuicio de las

necesidades nacionales, como la de la afinación del zinc que el interés capitalista había dejado emigrar a Bélgica y Alemania y que era necesaria para la fabricación de las cápsulas de los cartuchos; la fabricación de los colorantes, de cuyo monopolio se había apoderado Alemania; sobre los minerales coloniales que habían sido acaparados por sindicatos alemanes bajo color nacional y cuya función era entorpecer todo lo más posible el aprovisionamiento inglés; sobre los productos farmacéuticos de cuya carestía padeció Inglaterra al principio de la guerra y que fueron fuente de leoninas ganancias para los acaparadores y causa de pérdidas inmensas de vidas; sobre los navíos que los propietarios, para huir de los impuestos y aprovechar de los aumentos de fletes habían arrendado a los neutrales, con perjuicio de la patria que necesitaba de todo su tonelaje para su aprovisionamiento amenazado. La quiebra de los métodos del individualismo ha sido tan completa, que la Inglaterra se ha visto obligada a reconstruirse dificultosa y apresuradamente mientras hace frente al más grande conflicto de que haya memoria.

Hace dos años nadie hubiera podido prever las modificaciones y arreglos industriales que lleva a cabo la Inglaterra y que marcan el fin del individualismo industrial y comercial como sistema y como finalidad. Esta revolución dejará sus huellas profundas en la nueva Inglaterra que se crea y, por sobre todo esto, una idea se ha hecho carne en la mentalidad inglesa y es que "una nación es un gran sistema económico donde todo debe marchar de acuerdo", la idea de que los fines nacionales deben primar por encima de todos los intereses particulares y, por consiguiente, que una organización económica, inteligente y centralizada, debe presidir el desarrollo comercial e industrial de la nación para que esos fines nacionales se cumplan por encima de toda otra regla o ley de vida.

La guerra ha enseñado que no hay prosperidad sólida y durable sin la expansión industrial y comercial y sin la independencia económica de la nación. La concepción nueva de la industria es que ella debe someterse de más en más a las exigencias del conjunto social y a la necesidad de organizarse en el orden y la armonía interior.

Dentro de este concepto ya no podrá producirse el caso de industrias olvidadas en un país y que, monopolizadas por el extranjero, lo colocan en estado de servidumbre en la paz y pueden ser causa de peligros mortales en la guerra.

Todas las industrias deberán ser atendidas y según su grado de necesidad. La idea de una reconstrucción sistemática ha de corregir la obra del azar y favorecerá las industrias según su utilidad social.

Esta es otra enseñanza que nos entrega la guerra actual a nosotros que vivimos bajo un individualismo más anárquico que aquel que Inglaterra ha debido combatir para salvar su industria nacional.

Nuestras líneas férreas han sido construídas sin plan orgánico, al azar de los caprichos capitalistas, con tres trochas distintas y sin conexión, entregadas a la voracidad insaciable de los accionistas extranjeros que imponen fletes devoradores de las riquezas de nuestra producción, sin flota mercante que asegure fletes baratos a nuestros productos de exportación, con un cabotaje sujeto a todas las trabas fiscales aduaneras, sin industrias de carbón, hierro y petróleo, sin bancos que aseguren la estabilidad de nuestras industrias madres, la ganadería y agricultura, pero que favorecen todas las audacias comerciales y todas las especulaciones sobre el valor de la tierra, sin leyes que aseguren la colonización y la división racional de la tierra, sin leyes que contengan la voracidad de los especuladores de nuestros cereales y carnes, arpilleras e hilo sisal, sin tarifas de avalúos razonables y leyes de economía comercial que, a la vez que protejan las industrias que necesitamos, haga posible la entrada barata de los artículos de consumo más necesario.

Toda una gran obra espera a los hombres dirigentes para ordenar este caos y para proteger nuestras actividades. El país es riquísimo, pero ha sido hasta ahora manejado como una casa de pródigos. Debemos de ir pensando en todo esto para que la lucha comercial que se prepara más áspera y dura que nunca no nos sorprenda en el desorden y el abandono.

Hay otra lección de la guerra y que se resume en estas palabras de Caziaman, a quien sigo en otras observaciones. Es esta: "Todo pueblo que quiere vivir en seguridad debe poder obtener de su suelo, de su trabajo y de su ingeniosidad, todo lo que es necesario a su subsistencia, a sus cambios y a su defensa".

Los países que tienen dominios coloniales han de propender hoy más que nunca a obtener de ellos todas las materias primas necesarias a su industria y favorecerán a esta por toda clase de ayudas, de primas a la producción y para

crear aquellas que falten la intervención del estado irá en ayuda de la acción privada.

El libre cambio también está en derrota. La protección se hará en todas partes y los derechos aduaneros asegurarán a las industrias la venta fácil en los mercados interiores. La forma definitiva que esta protección tomará no es posible precisarla aunque ya toma contornos por el acuerdo concluido en París por las naciones de la "entente" el 14 de junio de 1916.

Por él se divide el mundo en tres partes: los aliados, los enemigos y los neutros, a quienes según esta clasificación habrán de aplicarse reglas diferentes para las relaciones económicas.

Dos ideas completamente distintas han sido presentadas como inseparables: 1.º La idea de una unión aduanera realizada por vía de tarifas preferenciales entre la Gran Bretaña y sus colonias; 2.º, la idea de la guerra económica llevada por los aliados contra Alemania. Estas dos ideas toman su forma en esta manera.

1.º Tarifa aduanera muy baja para la Gran Bretaña y los aliados con sus colonias; 2.º, tarifas menos bajas entre los aliados; 3.º, tarifas menos favorables para los neutrales; 4.º, tarifas prohibitivas para los enemigos.

¿Cuáles serán las consecuencias de esta política aduanera para nuestro país después de la guerra especialmente, si se tiene en cuenta que, mientras nosotros permanecemos neutrales, entre los aliados figura ya el Brasil y figurará mañana la República del Uruguay, que son productores de ganados y cereales? Hay que tener en cuenta que el Brasil tiene un stock de ganado vacuno que alcanza a 28.000.000 de cabezas y que la industria del frigorífico prospera al igual que en el Uruguay y amenaza de concurrencia a nuestra industria de carne congelada.

¿Cuáles serán nuestros tratados de comercio mañana?

Es un interrogante sombrío a pesar de que entre nosotros muchos incurables optimistas rían de él asegurando que producimos artículos que como los cereales y la carne son de verdadero monopolio, y que habrán de adquirir los aliados y los alemanes a precio de oro por absoluta necesidad.

La actual crisis es hasta ahora puramente financiera. Liquidadas que fueron las situaciones difíciles que creó la gran especulación de tierras, el comercio y la industria, como la agricultura y la ganadería no han hecho sino aprove-

char de la situación de guerra. La disminución de las importaciones, si ha quitado recursos valiosos al presupuesto del estado, ha obligado en cambio al país a serias economías y ha permitido el desarrollo y prosperidad actual de las industrias nacionales que vegetaban por motivo de la competencia extranjera. La inmensa demanda de los productos de nuestra agricultura ha producido la enorme elevación de los precios de los cereales, permitiendo la más beneficiosa liquidación de la mala cosecha anterior. La industria del azúcar, debido a la carestía de precios de esta indispensable substancia alimenticia ha obtenido, malgrado las negativas de los azucareros, un rendimiento que puede compararse a los mejores años. La industria viti-vinícola ha podido concluir favorablemente la crisis porque pasara, causada por el exceso de producción, debido a la exportación de vinos y de alcohol. La explotación de los bosques que casi había desaparecido, favorecida ahora por la carestía del carbón, ha alcanzado un desarrollo prodigioso, y, si los fletes de ferrocarriles no la hacen imposible, alcanzará aún un mayor desenvolvimiento. Las lanas han alcanzado precios fantásticos en beneficio de los criadores de ovejas que tantas vicisitudes sufrieron en años anteriores. Una prosperidad inesperada ha vigorizado la economía nacional que se traduce en una elevación de valor de los campos de cultivo y de ganadería. Posibilidades inmensas se abren en risueñas perspectivas para el trabajo y el capital argentino. Y una cosecha extraordinaria por su abundancia apunta en los dorados trigales y en los extensos linares sembrados.

Por todo esto ha tenido razón el doctor Frers en la conferencia dada en el Museo social al decir que "el país está rico y que es el gobierno el pobre; pero que aquel salvará a éste". Participo en un todo de esta opinión, pero me inquieta el problema de la liquidación de la próxima cosecha, que si se hace en forma conveniente consolidará la prosperidad actual, pero que si es malograda puede y debe crear una situación difícil a la economía nacional.

La balanza comercial nos ha sido tan favorable, que en los sólo tres años de 1914, 1915 y 1916 hemos tenido un saldo favorable de 564.000.000 de pesos oro, mientras que en el decenio de 1904 a 1913, en el cual están comprendidos años que hemos considerado de grande prosperidad, el saldo de la balanza comercial sólo ha alcanzado a 551.000.000 de pesos oro.

Los beneficios de este magnífico resultado debemos salvarlos y considerarlos con una buena venta de la cosecha próxima.

Es verdad que tenemos casi el monopolio en el mundo de la exportación de los cereales, pero es verdad también que la carestía de buques y nuestra situación internacional puede crearnos dificultades que debemos salvar inteligentemente.

Aunque el capital alemán, con tal de perjudicar el aprovisionamiento de las naciones de la "entente", continúe operando sobre el alza de los cereales por el acaparamiento que de ellos hace, para que sus enemigos lo paguen lo más caro posible y para hacerse de una reserva de materias primas para surtir el mercado de la industria alemana, inmediatamente después de concluida la guerra, no es posible negar que ésta, por el bloqueo que aprieta cada vez más, no ha dejado en plaza sino un solo comprador de nuestras cosechas y que no es otro que las naciones de la "entente".

Este, al revés del alemán, opera a la baja y por eso cuando compra el agente inglés, se retiran del mercado el comprador francés e italiano y viceversa.

Se me dirá que podremos y deberemos vender a los neutrales como la Holanda, Dinamarca, Suecia y Noruega.

Pero esta probabilidad se esfuma ante la actitud asumida por los Estados Unidos de no proveer de carbón a los buques que transportan para esos países. Que Estados Unidos impedirá ese comercio, lo demuestra el embargo que ha hecho de los cargamentos destinados a los países neutrales vecinos de Alemania y su propósito de embargo de los buques de esas naciones, para utilizarlos en el solo transporte de sus artículos con sus aliados de la "entente".

La situación que tal conducta nos puede crear no puede escapar a nadie en su gravedad.

Yo espero que por gestiones diplomáticas y por las facilidades razonables que se acuerden a nuestro actual único comprador, se ha de encontrar el remedio a estas dificultades y que debido a esto no hemos de malograr la cosecha más rica de que tenga memoria el país.

Si esto así sucede, creo que podemos mirar el porvenir argentino con toda confianza y dejarnos llevar por el optimismo de nuestra prosperidad de mañana, confianza y optimismo que cada día se hace más necesario arraigar para pro-

vocar la movilización de los capitales que se esconden en las cajas de los bancos.

Conviene hacer resaltar que en el duro presente para las finanzas argentinas no hay que contar ni aún para un mañana lejano con el capital extranjero, ni para operaciones financieras ni para las industrias, salvo raras excepciones que no modificarán mayormente ese estado de cosas.

Las destrucciones causadas por la guerra y que habrán de repararse, la renovación de la maquinaria y útiles industriales, la constitución de un nuevo "stock" de materias primas y alimenticias necesarias a la producción y al sustento de los pueblos, las enormes sumas que por intereses y amortización habrán de pagarse por las deudas contraídas por los estados, las cantidades enormes que habrán de invertirse en el pago de pensiones a los inválidos y a las familias de los muertos en la guerra, el capital que los aliados habrán de invertir en la creación de las industrias monopolizadas hasta ahora por Alemania y en la ayuda a otras esenciales a la economía nacional, pero insuficientemente desarrolladas, el que se invertirá en las colonias para obtener de ellas todas las materias primas y no depender así del mercado extranjero, el que habrá de invertirse en reponer las pérdidas de buques y en el aumento de las marinas mercantes, darán amplia ocupación y empleo seguro y remunerativo al capital extranjero que no ha de emigrar durante mucho tiempo a nuestro país.

La inmensidad de capital que la Europa necesitará utilizar para después de la guerra, resultará de algunas cifras que paso a dar.

El profesor de la Universidad nueva de Bruselas, Agustín Hamon, en su libro titulado "Las lecciones de la guerra mundial" estima, en francos, los gastos de solo los beligerantes en 412.500.000.000 hasta fin de 1917 que descompone en la siguiente forma: Inglaterra 91.000, Francia 75.000, Rusia 62.500, Italia 14.000, Alemania 87.500, Austria Hungría 62.500. Otras beligerantes menores 20.000. Si a estos gastos se añaden los que han tenido que llevar acabo las naciones vecinas como Holanda, Suiza,, Dinamarca y Suecia, calcula que los gastos de la guerra para fin de este año alcanzarán a 577.000 millones de francos.

Si la guerra dura como todo lo hace esperar, todo el año 1917, esta cantidad se elevará a 742.000.000.000 de francos.

Computando el interés a 6 % que es hoy la tasa corriente

en los países en guerra, estos deberán abonar por servicios de sus deudas a fines de 1917, 34.620 millones de francos y en 1918, 44.500 millones.

A estas cantidades habrá que agregar las pensiones a los inválidos, y a las familias de los muertos de que estos eran el sostén. Fijando esta pensión en solo 500 francos al año, el total de las anualidades que habrán de servir los beligerantes por deudas y pensiones será para fin de 1917 de 46.620 y a fines de 1918, de 59.000 millones.

Por estas cifras que no definen sino solo dos renglones de la cuenta a que habrán de responder los beligerantes europeos y en los que no se computan las anualidades que habrán de pagar los Estados Unidos por la enorme deuda que están contrayendo para la preparación y utilización de sus ejércitos, puede formarse una idea de la absorción que de los capitales hará la Europa y Norte América en perjuicio de su introducción en nuestro país.

Ocurre preguntar ¿cuáles serán las consecuencias que crea esta situación para el desarrollo del comercio y la industria argentina? Creo, señores, que no habremos de sufrir mayormente si es que utilizamos debidamente el excedente de capital que duerme su desconfianza en la caja de los bancos y, para esto, será necesario que hagamos la educación del capital argentino de acuerdo a las necesidades de nuestra economía nacional.

Tenemos una emisión de moneda que pasa de los 1.000.000.000 de pesos y de esa cantidad los bancos guardan inactivos 600.000.000 y solo utiliza la circulación de 350 a 400.000.000. Esta cantidad de numerario va aumentando cada día por la venta de los productos de nuestros cereales, carnes, lanas, etc., y si se computan los nuevos ingresos que de oro recibirá el país por la liquidación de la próxima abundante cosecha, es de prever, si sigue la estagnación de los negocios, que el dinero depositado en los bancos y sin utilización subirá a 900.000.000 de pesos.

He ahí la gran reserva de capital que la Argentina tendrá al finalizar la guerra si sabemos utilizarlo con inteligencia, que servirá para cubrir las necesidades del tesoro público y también para valorizar nuestros campos, extender la agricultura y ganadería y desarrollar las industrias existentes y crear las nuevas que los momentos actuales han demostrado como necesarias a la economía nacional.

El doctor Manuel Peña en una erudita conferencia dada

en el Museo social argentino, decía que la regla bancaria argentina exige en encaje el 20 % con relación a los depósitos. Y añadía que con los 400 millones de pesos desocupados en los bancos pueden estos ampliar sus operaciones hasta 2.000 millones más. Creo que en vez de 400 millones desocupados hay en realidad 600 y que con los ingresos de la próxima cosecha esa cantidad puede elevarse a 800 millones, que, de acuerdo a la misma regla bancaria, permitirían operaciones hasta por 4.000 millones de pesos más de los que actualmente se realizan.

Las posibilidades económicas que estas cifras representan, si es que son manejadas con inteligencia y aprovechando todas las riquezas de nuestro suelo, exceden a todo cálculo.

Pero volviendo al tema de la salvación de las penurias del gobierno con la riqueza del pueblo, caemos en la verdadera dificultad. Hasta ahora el crédito público interno no se ha desarrollado en forma de poder atender pedidos de sumas cuantiosas. El capital argentino ha huído las colocaciones en títulos o en acciones por seguros que estos fueran como valor y como rendimiento en interés. Todas las grandes empresas están en manos de accionistas extranjeros y hasta nuestras cédulas hipotecarias, los títulos más seguros del país, buscan el mercado exterior para su suscripción.

Para disponer de los grandes capitales que duermen su inercia en los bancos habrá que hacer la educación de nuestro mercado interno, crear la confianza en la bondad y seguridad de los títulos del estado para atraerlo a esas colocaciones y evitar que se esterilicen en los depósitos en perjuicio de nuestra economía.

Las finanzas argentinas no podrán ser salvadas sino por ese concurso—que hasta ahora les falta—de los capitales nacionales y para ello es necesario desarrollar la propaganda de la solidez de nuestro crédito y de los beneficios de esas colocaciones.

Un estudio juicioso de la agricultura y ganadería demostraría que las utilidades que ellas dejan a los propietarios de la tierra en un determinado período de años no dan el interés de los buenos títulos de renta argentinos. Ese interés menos lo alcanzan las inversiones en terrenos o propiedades urbanas con relación al valor que ellas tienen, aún en esta época de depresión de precios.

Todos quieren especular sobre la tierra y, a fuerza de

esta verdadera manía, se producen esas crisis de progreso seguidas a poco andar por otras de desastres que tanto atrasan la riqueza y el progreso del país.

Por estas circunstancias no tengo fe en la total colocación en el mercado interno de un gran empréstito, si este no ha de ser a breve plazo y ofreciendo facilidades como los premios de lotería y aunque esto pueda representar un perjuicio para la lotería nacional y aún para las cédulas hipotecarias.

Hace tiempo ya que la situación de penuria financiera ha debido ser encarada resueltamente, haciendo uso de los recursos de impuestos que ha estado en las manos utilizar y que hasta ahora se han dejado perder con perjuicio evidente del saneamiento de las finanzas nacionales. El aporte de esos recursos a las rentas del estado hubiera hecho mucho en el sentido de consolidar la confianza pública en el crédito del estado y facilitado la colocación del empréstito interno que es el único recurso utilizable para aliviar las finanzas argentinas.

Todos los entendidos han estado de acuerdo en que era de alta conveniencia el impuesto sobre las exportaciones, y me parece que la forma de imposición ideada por el doctor Norberto Piñero hubiera sido la más justa y por ende la más conveniente para el país.

El impuesto a la exportación hubiera debido imponerse sobre la diferencia entre el valor de las mercaderías a exportar, tomado antes de la guerra y el que tuvieran al hacerse la extracción, dejando si se quiere un márgen de un tanto por ciento a favor del exportador por los mayores gastos que la producción ha tenido que soportar con motivo de la guerra. Establecido ese impuesto creo, al igual que el doctor Oliver, que él ha podido proporcionar al erario una suma anual de 40 millones de pesos.

Pero, desconfío que este impuesto pueda dar para mañana estos recursos, debido a la situación que ha creado la guerra.

Temo mucho que se produzca una fuerte baja en el precio de los cereales y que esto haga, sino imposible la imposición de ese derecho de exportación, reduzca en cambio en mucho el rendimiento calculado.

A la carestía del transporte que es consecuencia no sólo de la guerra submarina, sino de la utilización cada vez mayor de los buques a las necesidades militares crecientes de

día en día, hay que añadir el retiro obligado de nuestro mercado no solo de la Alemania sino el que aparece como inevitable, de las naciones neutrales limítrofes con Alemania.

Es sabido que actualmente opera un solo comprador de nuestro cereales aunque sean varios los agentes de los países aliados que los adquieren por turno. Ya he dicho que cuando compra el agente inglés se retrae el francés e italiano, y viceversa. Ahora bien, los precios no se mantienen o se elevan sino por la concurrencia y nosotros estamos luchando pasivamente por no caer en el monopolio de los aliados.

El comercio alemán ha combatido esta especulación de los aliados a la baja y debido a él puede decirse que los precios no han caído más de lo que están. De esto no tenemos porque estarles agradecidos, porque su acción no es sino un episodio de la gran lucha militar y económica que los imperios centrales libran contra los países de la "entente". El comercio alemán ya que no puede impedir el abastecimiento de los aliados busca, por su especulación alcista, hacerlo pagar lo más caro posible para herirlo en sus recursos financieros y económicos.

Pero la situación se vuelve contraria al comercio alemán alzista. Después de descubierta la maniobra de Luxemburg, los alemanes de la Argentina se hallan incomunicados con ese imperio. La censura inglesa y norte americana no los deja comunicarse y las operaciones de alza de nuestros cereales, que han de hacerse sobre los enormes "stocks" nuestros, necesitan para triunfar no solo del capital alemán en la Argentina, sino del apoyo ilimitado de los gobiernos imperiales. Hecha la especulación de otro modo resultaría inocua o tan peligrosa que puede ser causa de ruina para el capital alemán de la Argentina.

¿Dados estos antecedentes podrán mantenerse los precios de nuestros cereales? Es otro serio interrogante del que, según se resuelva, dependerá la productividad del impuesto de exportación proyectado.

Ansío como argentino que este problema se resuelva en beneficio del país, y espero que las gestiones diplomáticas y la ayuda de los bancos especialmente del de la nación, han de permitir la resistencia del productor en contra de la especulación bajista de nuestros cereales. Lo sensible es que el impuesto de exportación no haya sido una realidad en la época favorable que hemos pasado, pues los recursos que ha-

bría proporcionado hubieran servido para regularizar aunque fuese en parte el estado de las finanzas.

Pero, diferencias políticas que no me es dado calificar desde esta tribuna de estudio y de serenidad, han impedido la implantación de ese impuesto en perjuicio de todos y especialmente del estado. Ojalá mañana por encima de esas diferencias transitorias y no esenciales, primen el buen sentido y los intereses superiores de la nación.

El impuesto a la renta debe establecerse. Funciona con éxito en gran número de países y es uno de los impuestos más justos, puesto que grava al contribuyente solo en la medida de su capacidad. Creo como el doctor Oliver, que podría dar un rendimiento de 30 millones de pesos.

La imposición sobre los depósitos bancarios es también otra medida de alta conveniencia para la economía del país, porque obligaría a sus propietarios a movilizarlos, empleándolos en la industria, en la ganadería y agricultura, o en la adquisición de las tierras, lo que produciría, en este último caso, un alivio enorme en la crisis inmobiliaria porque pasamos. Es una imposición justa porque no es posible dejar esos capitales, haraganes y egoístas sin pagar contribución cuando todo el capital respetable del país, empleado en desarrollar la riqueza y prosperidad nacional, abona pesadas cargas. Estimo que ese impuesto podría dar al estado 20 a 30 millones de pesos con solo un gravamen del 2 %.

Me parece conveniente también el impuesto proyectado por el doctor Oliver sobre el importe de los contratos de fletamento, especialmente teniendo en cuenta el alza fabulosa de que estos han beneficiado y que tiene que pagarlos la riqueza argentina que se exporta.

Si estas medidas dan los resultados que se esperan, el estado dispondría de recursos suficientes, no solo para pagar el interés del empréstito sino para amortizarlo en breves años. La realización de esos recursos crearía por otra parte el ambiente favorable necesario para la colocación de ese empréstito.

He dicho que pienso que el plazo del empréstito debe ser breve, no sólo porque creo que esto haría más factible su conveniente colocación en la plaza, sino también porque entiendo que el estado debe demostrar una vez siquiera que se puede, cuando hay orden y voluntad, disminuir el peso de la deuda.

Hasta ahora, a pesar de todas las amortizaciones reali-

zadas, el monto de la deuda permanece siendo siempre la misma. Este empréstito, que vendrá a aumentarla puede ser amortizado por el país en breve plazo con los recursos enunciados, dejando al estado posibilidades de crédito que la protección y el desarrollo de nuestro progreso, obligará a utilizar. No olvidemos que el estado es un gran constructor de ferrocarriles, puertos, obras de irrigación, puentes, edificios, etc., y que estos jamás se han podido realizar sino en pobre medida con los recursos del presupuesto.

Pero las dificultades financieras no desaparecerán sino cuando el presupuesto sea un todo orgánico y cuando de él se hayan borrado los gastos inútiles y de favoritismos.

No es esta tarea fácil. La administración ha ido formándose, al través de los tiempos, sin orden y medida y viciada por todas las malas artes de la política que hicieron del presupuesto nacional el refugio de descalificados políticos, y de la administración el hogar de una casta que quería poco trabajo y que lo manejaba como un instrumento en que el provecho personal o partidista era el mayor beneficiado.

La administración pública, vista con desapasionamiento, aparece como esas estancias que han ido adaptándose dificultosamente a las nuevas situaciones que el adelanto de la industria creaba a los ganaderos. Todas las contrucciones se amontonan en ella, sin concierto, sin que en ella se vea sino como excepción primar el orden y la unidad que es condición esencial de un buen funcionamiento.

Decía una vez en la cámara de diputados que si alguna vez (en hipótesis) Inglaterra sufriera un cataclismo que la hiciese desaparecer no sólo en su existencia, sino hasta en sus recuerdos, y estudios futuros trataran de rehacer su vida al igual que se ha hecho con los imperios de Oriente hoy desaparecidos y uno de ellos tuviese la suerte de encontrar uno de los presupuestos de Lloyd George podría reconstruirse de nuevo toda la vida de la Inglaterra actual. Es que un presupuesto que para los ignorantes no es sino una cuenta de entradas y gastos traducida en cifras por lo general colosales, es para el estudioso la imagen fiel de todos los principios orientadores de la vida de los pueblos.

En ellos podrá verse con la misma claridad que en un espejo las tendencias civilizadoras de los pueblos. En sus duras cifras puede leerse la cultura intelectual, política, económica y social, su amor mayor o menor por la justicia, sus

instintos guerreros o su arraigo pacifista, el orden o desorden de su administración, las facilidades de la vida, el progreso material alcanzado, su carácter industrial, agrícola o ganadero, la mayor o menor libertad reinante, el carácter proteccionista o libre cambista de su economía política, en suma, para no ser excesivamente largo, el grado de prosperidad y civilización alcanzada.

En este sentido es mi convicción que los presupuestos de nuestro país no son hasta ahora ni siquiera el reflejo de lo que debieran ser, porque no traducen las grandes orientaciones de vida educacional, de justicia económica y social, de política económica e industrial, de orden y buen manejo de las rentas y de control de los gastos, que el grado de prosperidad alcanzada reclama cada día con más insistencia y más imperiosamente.

Una gran tarea de reconstrucción nos espera, que debemos cumplir por el esfuerzo sano y desinteresado de todos los argentinos. He ahí el programa que los partidos políticos deben tratar de cumplir, por el gobierno o por la oposición.

La Argentina está en retardo respecto de las demás naciones, hoy más que nunca, pues la guerra actual ha demostrado la falacia de muchas fórmulas que han vivido de sus prestigios de verdades demostradas debido a los prejuicios siempre caros al alma humana.

El problema del equilibrio del presupuesto no ha de resolverse por la deducción de una serie de gastos y la imposición de impuestos que aumenten las entradas, sino por una adaptación del organismo administrativo a las necesidades del país. Hemos llegado a un momento en que las dificultades no habrán de salvarse retaceando el vestido, acortándolo aquí y alargándolo allá, sino que hay que hacer el vestido nuevo que le hace falta al país y que este reclama de una manera impostergable.

Hay que mirar de frente los problemas nacionales quiérase o no, porque por el hecho de olvidarlos no por eso estarán menos presentes. Debemos ordenar el federalismo que nos hemos dado por nuestra carta constitucional y que hasta es fuente de rozamientos y choques que imposibilitan obtener de él todos los beneficios que puede y debe dar. En materia de educación, carecemos de un plan orgánico aún dentro del orden nacional mientras catorce administraciones escolares imponen métodos diversos y fijan y cambian orientaciones a la enseñanza sin orden ni concierto.

Los fines esenciales de la educación de las clases dirigentes de todo país han sido o debido ser siempre las siguientes: 1.º la selección y el desarrollo de las energías morales; 2.º la selección y desarrollo de las capacidades, y 3.º la trasmisión del saber según un plan orgánico que permita poner rápidamente en acción todos los conocimientos necesarios a la vida nacional.

Nada de esto se persigue por nosotros dentro del plan de nuestros estudios y, por ignorancia de nuestra geografía y medios económicos, tampoco se desarrollan en el pueblo las capacidades prácticas necesarias a desarrollar la prosperidad del país, utilizando sus enormes posibilidades de riqueza.

En materia de ferrocarriles el desconcierto es la regla que preside su construcción y la injusticia la que dirige la fijación de las tarifas.

Los ferrocarriles se han construído según la improvisación de las capitales, ahogando con líneas provincias como la de Buenos Aires, que no acepta mayores construcciones ferroviarias y donde muchas líneas son inútiles con desperdicio de capitales y dejando a otras ricas comarcas sin medio de tráfico.

Tres trochas distintas existen en el país y este absurdo se agrava por la falta de conexión bastante entre ellas. Los ferrocarriles del estado están compuestos por líneas truncadas y faltas de salidas a esta capital y a los puertos del litoral y no tienen la unidad necesaria para ser un organismo útil. No se ha estudiado debidamente ni nuestro comercio ni la capacidad impositiva que pueden tener las industrias para, según esas bases, fijar tarifas justas y razonables. Por eso los ferrocarriles matan industrias que podrían prosperar, eliminan riquezas que se podrían producir, y por su enorme peso sobre las materias primas y los artículos de consumo encarecen la vida del pueblo de manera inaguantable. Un ejemplo demostrará la verdad de esta última afirmación. Los espirituosos pagan en el F. C. S. menos de un uno por ciento de su valor, mientras el pino spruce paga más del 20 %.

Los caminos se hacen en el orden nacional por dos reparticiones distintas, lo que es absurdo. A ellas hay que agregar catorce reparticiones por cada provincia, que cumplan la misma tarea. Sin embargo, los caminos en todas las naciones adelantadas se construyen según un solo plan y

como un todo orgánico, que tiene a acercar al país y desarrollar su tráfico según la medida de sus necesidades y la calificación científica que de ellas se hace.

El tráfico fluvial se halla obstaculizado por toda clase de trabas formulistas y fiscales y de vigilancia que hacen su vida precaria. Y como si esto no fuese nada, se permite la competencia ruinosa que le hacen los ferrocarriles, los cuales reducen las tarifas de sus líneas paralelas a los ríos para hacer pagar esas reducciones a los productores de otras, alejados de las vías fluviales. Sin embargo Alemania, Francia, Inglaterra, etc., no hacen sino conciliar el tráfico ferroviario y el fluvial, para facilitar el comercio y favorecer la eclosión de las industrias.

No tenemos una carta geográfica económica del país, que orientara la actividad de los capitalistas y empresarios y hasta en materia de agricultura no hay estudios de análisis de tierras y, por ende, nada en materia de clasificación que permita todas las especializaciones de que es capaz nuestro suelo.

¿Qué se ha hecho para desarrollar el cultivo del algodón de que tanta riqueza obtienen los Estados Unidos? ¿Qué para desarrollar el cultivo del olivo que se produce tan bien en nuestro país y para librarnos de la dependencia extranjera en materia de aceites.? ¿Qué para descubrir el carbón y el hierro, a pesar de que no tendremos independencia económica y militar mientras no dispongamos de esos dos artículos indispensables a toda nación? A qué seguir, señores, en estas preguntas ingratas a todo oído argentino. Delante de nosotros en esta materia hay un campo virgen que espera desde hace mucho, la acción del explorador y del orientador.

En materia fiscal estamos en el a b c de las finanzas. Nuestras rentas las seguimos esperando de los derechos de aduana y de los impuestos de consumo, y nada se ha hecho hasta ahora por suavizar las injusticias de un régimen fiscal que obtiene todos sus recursos de los objetos de necesario consumo y que oprime al pobre, mientras el capital y la renta huyen el impuesto.

¿Cuándo haremos el monopolio del alcohol, del tabaco, de los naipes, de las pólvoras? ¿Cuándo implantaremos el impuesto a la renta, a las hipotecas, a los depósitos ociosos de los bancos, para aliviar al pobre y obligar la contribución de los ricos y hacer así un poco de justicia social?

En materia social ¿cuándo tendremos las leyes justi-

cieras de protección del trabajo de la mujer y del niño? ¿Hasta cuándo tendremos el espectáculo de esos enjambres de niños vendedores de diarios o de otras cosas, y pordioseros, que no conocen la escuela con todas sus enseñanzas útiles y aprenden en cambio todos los vicios de la calle? ¿Cuándo dictaremos las leyes de previsión y jubilación de obreros?

A qué seguir, señores, haciéndonos todas estas ingratas confesiones de nuestros descuidos, de nuestros errores y culpas.

Lo que no cabe duda es que esto no puede durar. Al gobierno como coerción debe reemplazarlo un gobierno como orientación de todas las fuerzas sanas del país. Pero el gobierno no lo forman solo los hombres que detienen la autoridad, sino todas las personas y sociedades dirigentes, los partidos políticos, la prensa y hasta los maestros. A todos habría que despertar de su incuria para llamarlos al cumplimiento de sus deberes, para obligarlos a la ejecución de esta gran tarea exigida por una Argentina renovada.

No nos engañemos. Esta tarea hay que cumplirla.

Al finalizar la guerra, según lo predice el célebre escritor Wells y con él muchos otros estudiosos, nos vamos a encontrar con una Europa concentrada y con una energía de acción y penetración a la que no habremos de poder resistir económica e industrialmente, sino por una organización al igual que la de ella ordenada y eficaz.

El estado europeo si no será socialista más que hoy, tendrá el manejo de los buques, ferrocarriles, minas de carbón y metales, las grandes industrias metalúrgicas y una buena parte de las industrias mecánicas. Imaginaos el poder que esos estados productores y comerciantes habrán de desarrollar dada su enorme fuerza material, su acción diplomática y la energía maravillosa de los capitales y trabajo concentrados en sus manos.

Y volvemos, señores, de nuevo, a la influencia de los hechos económicos sobre la vida toda de la nación y a los que por consiguiente, debemos seguir con ojo vigilante para aprovechar de ellos.

Todas las naciones se preparan a cambiar los métodos de la enseñanza y a desarrollar todos los recursos de su riqueza industrial.

En materia de instrucción económica todo un vasto programa se prepara. "Todos los métodos de enseñanza, dice Caziaman, van a ser revisados para ponerlos en relación más

directa con las necesidades de la vida económica". A la industria hace falta ingenieros más instruídos, contra maestros más hábiles, una cultura científica y profesional más intensa. El comercio será organizado por la formación técnica del negociante, del corredor, del viajero y del representante. La enseñanza de las lenguas vivas será desarrollado intensivamente.

En el terreno económico el proteccionismo se expandirá en beneficio de todas las fuerzas vivas de los países europeos y las colonias serán explotadas intensivamente para proveerse de ellas totalmente de té, algodón, nuez de la palma, caucho, las minas de las colonias producirán para las metrópolis y, en todos los países, la idea de una economía nacional ha de predominar en el sentido de que cada nación ha de bastarse a sí misma.

Hasta la agricultura en Inglaterra, que es el país que más la ha descuidado, será objeto de toda clase de atenciones y cuidados.

¡Ojalá nosotros sigamos el ejemplo que el mundo nos da y que los estudiosos de esta facultad con un sentido práctico de las realidades intensifiquen el estudio de la nueva situación que se ha creado por virtud de esta guerra para que la Argentina, en vez de disminuida, resulte agrandada por sus enseñanzas!

ROGELIO ARAYA